

LOS BRAZOS DE LA I GRIEGA

Carlos Murciano

Cuando alcanza la cota de los sesenta años, Antonio Pereira suma una sustanciosa bibliografía, en la que se equilibran la poesía y la narración breve, con cinco títulos cada una, dejando en el centro una trilogía novelística de muy notables valores. Estarnos, pues, ante otro poeta narrador, o ante otro narrador poeta, que tanto monta y que tanto abunda en nuestro actual panorama literario, Ana María Navales Cristina Lacasa, García Nieto, J. J. Alexandre, Martín Descalzo, Ferrer Vidal, los Quintanilla, Quiñones, Jiménez Marros, Alonso Alcalde, Bermejo, Soler Medem... dan fe de esta creación paralela, a través de dos procesos por tantas razones afines. Y me ciño al cuento, a los poetas que lo cultivan, pues que otros hay, novelistas de pro, ajenos a este género (v.g. Caballero Bonald).

Los brazos de la i griega, libro el más reciente de Pereira, pone de manifiesto la plenitud narradora de este berciano socarrón grave, su dominio del relato corto. Como en el poema, el fondo y la forma de tal relato deben adecuarse por completo hacerse uno, Pereira conoce bien el secreto: su mano inicia con buen pulso la línea y, sin esfuerzo aparente la cierra en el instante justo. Que el lector avezado intuya el final a cuentos como "El ingeniero Demencour " o como el que nomina el volumen, más abierto aquel, más misterioso éste, no les resta un punto de interés, ni por supuesto de entidad literaria. Cuando la historia se prolonga, como en "El sitio del inglés", la tensión no cede, bien mantenidas la fluidez de la escritura y la atracción del singular escenario.

La presencia de ciertas constantes da cohesión al volumen. Así, las narraciones con personajes y ambiente italianos -"Charly", "El caso Tiroleone", "Clara y el romano", "El otro y yo", -la fina vena erótica que signa y recorre otras-"Las peras de Dios" o las citadas "Clara y el romano" y "El sitio del inglés" -y el humor agudo, la ironía sin desgarros, que saltan a cada paso, matizando, aliviando, desmitificando; y, como no, ese convencimiento de que el mundo no es ancho y ajeno, capaz de hallar parentesco y "promover historia, intercambiables" entre el Bierzo y la Umbría, y aún conexiones enigmáticas con el mismo Nepal. Pereira se permite la travesura de bautizar como "Una novela brasileña" diez líneas en portugués, y de descolgarse hasta "El pozo encerrado" del señor Gayoso con vistas a las antípodas. Un libro, en suma, vario, ameno, maduro, propicio para aficionar al género a quienes -y son muchos- los acaban de concederle crédito y confianza.